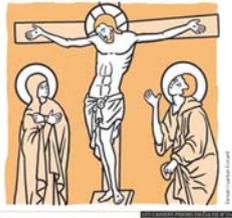


IV Domingo de Cuaresma B – 10 de marzo
2Cr 36,14.16,19-23; Ps 136 ; Ef 2,4-10; Jean 3, 14-21

JEAN 3, 17

“Para que el mundo se salve”



Queridos amigos, hermanos y hermanas, este cuarto domingo de Cuaresma se dice de Laetare: ¡Alegría! Se trata del domingo en el que ya vislumbramos la alegría de la Pascua, la alegría de ser salvos. Y la liturgia de la Palabra de hoy nos conduce a un único mensaje: **Crear en un amor que lo da todo, que se entrega íntegramente; ser una persona resucitada, estar en la alegría.**

Jesús dijo a Nicodemo: «**Porque Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que quien cree en él no se pierda, sino que obtenga la vida eterna.**» Es la sed de Dios que siente por cada uno de nosotros cada vez que no logramos abrir nuestro corazón a su gracia para conducirnos hacia el Bien Supremo: la Vida Eterna, la vida con Dios: ¡la Vida de Dios mismo! ¡De ahí la invitación a desear la vida eterna y recibirla! San Luis de Montfort en su libro «**Amor de la Sabiduría Eterna (ASE)**» en el número 9, afirma: «Jesucristo, la sabiduría eterna, es todo lo que podéis y debéis desear. Deseadlo, buscadlo, porque es esa perla única y preciosa para la compra de la que no debéis tener dificultad en vender todo lo que tenéis» ASE N 9. **Esta Sabiduría (el Hijo del hombre o Jesús) viene a darnos esta alegría; viene «en nuestra ayuda, en nuestro servicio y acepta dar su vida como rescate por la multitud.**» cf. Marcos 10, 45. Y la cruz de Jesús es el lugar de la revelación definitiva de que Dios es amor. *Dios nos da, si acogemos este amor en la fe en la muerte y resurrección de Cristo, de nacer a la vida eterna, la vida divina.*

El Evangelio nos habla de este Amor divino que supera todo lo que se puede imaginar. E incluso nuestros pecados, nuestras infidelidades, nuestras imperfecciones no serán más grandes que este amor. ¡Simplemente nos pide que escojamos este amor desinteresado y duradero, paciente y sincero que es DIOS! ¡Elegir a Jesús es elegir la Vida, es elegir nuestra morada, es elegir el paraíso! San Alfonso Liguori es uno de los muchos escritores espirituales que han hecho eco de esta perspectiva: Cada uno irá, en otra vida, a la casa que haya elegido. La fe nos enseña que en el más allá hay dos moradas. Escoge, oh alma mía, aquella a la que quieres ir. Si deseas el paraíso deberás seguir el camino que conduce al cielo; sin embargo, si sigues el camino inverso que conduce al infierno, por desgracia, llegarás allí. »



Es decir, este amor de Dios espera de cada uno de nosotros una respuesta. Sí, Dios espera de nosotros esfuerzos, espera un compromiso sincero. El símbolo de la serpiente de bronce nos recuerda que, para ser salvos, debemos dar el paso hacia el Redentor, mirarlo, volvernos hacia él. San Luis María de Montfort nos aconseja esto: «**Dejad todo, y encontraréis todo encontrando a Jesucristo, la Sabiduría encarnada**» ASE 202. En otras palabras, ¡debemos creer! ¡Y creer no es coleccionar conocimiento sobre Jesús! Creer es más bien confiar en él, escucharlo y seguirlo. Es también tratar de hacer lo que él pidió hacer, es poner en práctica sus enseñanzas «**Si quieres entrar en la vida, observa los mandamientos**» (Mt 19, 17); creer es también participar en la vida misma de Dios amando y perdonando. ¿Por qué? Porque una vez aceptado el sacrificio de Jesús en la cruz, el creyente es salvo, pero debe hacer un cambio radical en su vida, en el sentido del amor a Dios y al prójimo. En 1 Juan 3:15, Jesús nos dice: «Cualquiera que aborrezca a su hermano, su hermana, es un asesino, y sabéis que ningún asesino tiene vida eterna en él.» Creer es también comprender que la cruz es un signo de salvación y no de condena y que nuestra mirada debería estar orientada hacia ella: hacer el esfuerzo de fijar nuestros ojos en Jesús y no mirar con demasiada



frecuencia a otra parte, atraídos por todo lo que nos tienta y nos ciega y nos mantiene en la mediocridad espiritual. La Palabra de hoy nos exhorta a dirigir la mirada a la cruz, a Cristo crucificado y glorificado.

¡Como Nicodemo, amemos y acojamos la luz (Jesús)! ¡Aceptemos ser iluminados por Jesús! Sin duda donde está Jesús es la luz que brilla: hay un nuevo crecimiento del alma hacia su amante (Dios).

Que este tiempo de Cuaresma sea el momento favorable para seguir las huellas de Jesús, dejarnos amar por él, dejarnos conducir como hijos de la luz. Amén